

# La Lanzadera de Mario Escobar Velásquez

Sin aviso previo, una tarde de hace casi treinta años, el ya entonces conocido escritor Mario Escobar Velásquez se apareció por la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto con cuatro gruesos volúmenes encuadernados. (“Encuadernación Zea”) del semanario Lanzadera, de la empresa Coltejer. “Yo quiero que esté aquí”, me dijo, mirando más los volúmenes que a mí. Se despedía de ellos. Desde comienzos de los años 80 el escritor había recurrido en varias ocasiones a los servicios de esa sección de la Biblioteca en plan de documentarse para diversos trabajos,

específicamente relativos a la región de Urabá, aunque también lo hizo cuando reunía material para su Antología comentada del cuento antioqueño, publicada en 1986.

En el momento de recibir la donación yo

estaba enterado, desde luego, de qué se trataba (la importancia del hecho me movió a llamar a Gloria Inés Palomino, directora de la Biblioteca, para que fuera ella quien la recibiera). Pero mi conocimiento entonces era panorámico: sabía que él había dirigido ese semanario durante varios años y en medio de mis rutinas bibliotecarias de tarde en tarde le había dedicado una que otra ojeada. Desde ese momento hasta ahora son muchas las horas que he dedicado a escarbar y escarmenar sus páginas.

Los cuatro volúmenes contienen 267 entregas del semanario, que

fueron estrictamente las de su presencia como director de la publicación, y cubren desde el número 90, del 25 de agosto de 1950, cuando recibe la dirección de manos de Bernardo Jaramillo Correa, hasta el 357, salido de prensas el 14 de enero de



Lanzadera. Reproducción fotográfica de original, semanario de la empresa Colombiana de Tejidos -Coltejer-. Medellín, enero 26 de 1951, No. 109 (portada). SA-BPP.

1956. En el mes de marzo siguiente Lanzadera comienza una etapa nueva, se hace revista mensual, y aunque él permanece como “Redactor en Jefe”, la dirección ha pasado a manos del Departamento de Relaciones Públicas, diplomática designación inicial que desaparece pronto en los números siguientes para dar paso explícito al nombre propio de quien ha pasado a ejercer la dirección real: Lucía Molina Vélez, por designación del Vicepresidente de la Compañía, Rodrigo Uribe Echarría.

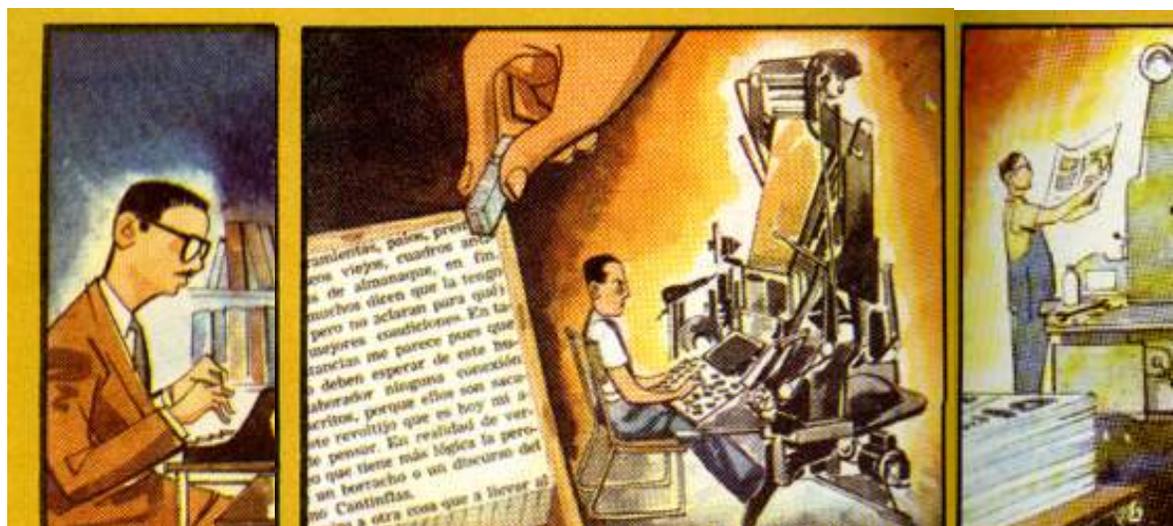
Lanzadera había conocido la luz pública el 24 de septiembre de 1944, bajo la dirección de sus fundadoras, Gabriela Arboleda y Berta Inés Jiménez, visitadoras sociales de la empresa. Inicialmente su periodicidad fue irregular. En el número 69 las relevó en la dirección Bernardo Jaramillo Correa, que le dio estabilidad de quincenario y se mantuvo a la cabeza de la publicación hasta el número 90, como ya lo señalamos, cuando le dio paso al joven Mario Escobar Velásquez (22 años) como nuevo director, y quien ya venía colaborando (desde el segundo semestre del 49, aproximadamente) en las páginas del medio empresarial con la columna “Nimiedades”, según lo cuenta Jaramillo Correa en su nota de presentación, columna en la que daba a conocer textos de prosa poética de inspiración modernista.

Es imprescindible contar –ya se verá porqué– que Mario Escobar Velásquez se había vinculado a Rosellón, una de las fábricas de Coltejer, en 1944, en la muy calurosa sección de hilados, en calidad de obrero,

donde permaneció apenas tres o cuatro meses (lo duros, sombríos y solitarios que fueron esos meses como obrero fabril, están aludidos en su novela *Música de aguas*, publicada póstumamente); también lo es contar que regresó a Pereira, donde vivía con sus padres y hermanos desde 1939, adonde llegaron procedentes de Jericó, suroeste antioqueño, y que durante ese viaje de regreso –que por aquella época debió ser hecho en tren durante su trayecto más extenso–, aquel muchacho de 16 años, mientras veía pasar ante la ventanilla de su vagón las vegas y montañas por donde cruzaba el río Cauca, se afianzó en una decisión: no volvería a su oficio anterior en la ciudad adonde se dirigía: repartir en sus portones, y desde la madrugada, panes y litros de leche, tampoco regresaría a trabajar como obrero en Rosellón: se haría maestro rural. Entre ceja y ceja se repetía el nombre del político conservador con el que intrigaría el puesto.

Durante 4 años (1944 – 1948) ejercería como maestro rural en San Joaquín, corregimiento entonces de Pereira, absorbido hace mucho como uno de sus barrios. Dos cosas ocuparon su tiempo en aquel paraje: leer y estudiar de todo, principalmente literatura, desde luego, y con verdadero furor, con un hambre descomunal (empleamos el adjetivo con plena conciencia porque es el que corresponde a los resultados de aquel esfuerzo autodidacta, como se palpa con facilidad al repasar las páginas de Lanzadera durante el período en que él lo dirigió) de conocimiento, y escribir con mayor concentración





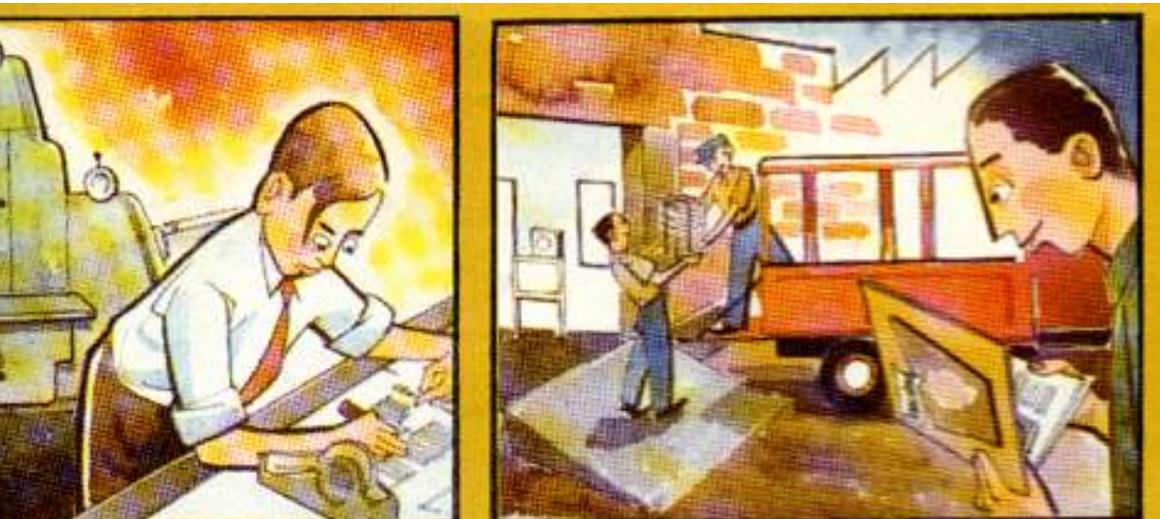
Revista Lanzadera. Ilustraciones de Antón Echavarría. Medellín, volumen II - N° 18, Septiembre - Octubre de 1957

y continuidad a como lo había hecho antes (sonetos, especialmente, aunque también ejercicios de prosa narrativa), decidido ya a ser escritor.

Cuando en 1949 regresa a Envigado, se dirige a la misma empresa, Rosellón, pero no ya a sus instalaciones fabriles, buscando un puesto de operario, sino como hombre de tiza y tablero, para enseñar en la Escuela y en el Instituto Obrero, tanto a los hijos de los trabajadores de la Compañía, como a éstos, donde es aceptado de inmediato. Como traía la maleta rebosante de cuadernos de sonetos y otros textos literarios, se dedica a pulirlos y a buscarles salida. Para ir desocupando aquella maleta tensa de inéditos, tiene a la mano Lanzadera. Así comienza a aparecer su columna “Nimiedades”, con textos de prosa poética (no poemas en prosa) de clara procedencia modernista (afluente este fácilmente constatable como uno de los más fuertes en las páginas del semanario durante los más de 5 años de ejercicio de su dirección, pues son de poetas modernistas, y de sus epígonos, muchísimos de los poemas

que reproduce durante ese lapso: Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Rubén Darío, Francisco Luis Bernárdez, Ramón López Velarde, Eduardo Castillo, Guillermo Valencia, León de Greiff, Miguel Rasch Isla y José Asunción Silva, entre muchos otros).

Desde aquel número 90, cuando Mario Escobar Velásquez llega a la dirección del semanario de Coltejer, poesía (en verso y en prosa), cuento, crítica, crónica, semblanzas y reportajes, de distintos autores, comienzan a copar gran parte de sus páginas, y así ocurriría número tras número hasta aquel 357, el último de su presencia regidora, aunque con altibajos de distinto orden. Esa línea acentuadamente literaria —aunque no únicamente, como señalaremos a continuación— hizo de Lanzadera durante esos años mucho más que una publicación periódica empresarial, la convirtió de hecho en un medio literario con un protagonismo muy particular en el plano local y aún nacional, como veremos, comenzando porque su estable periodicidad semanal competía con la



de los suplementos literarios de los grandes diarios de la ciudad y el país. Por eso no solo es una injusticia su exclusión a la hora de los balances de nuestras publicaciones literarias periódicas, sino una inexactitud, una equivocación histórica resultado de la predominante pereza mental y facilismo en nuestra crítica, con presencia inercial en el país, y que deja tanta cosa en la sombra en esos recuentos historiográficos o balances críticos panorámicos.

Rápidamente nucleó alrededor suyo un equipo de colaboradores de mucha calidad, escritores en acción, con trayectoria previa en medios hablados y escritos, en su mayoría empleados de Coltejer, y con espíritu generoso de difusores de cultura. Uno de ellos, el principal por el peso que tuvo a lo largo de esos 5 años, fue David Henao Arenas, nacido en La Ceja, quien había comenzado a colaborar en Lanzadera desde 1945 (en el número 11, del 17 de marzo de ese año, aparecieron su primer artículo y su primer dibujo). Cuentista (36 años después, Mario Escobar

Velásquez lo incluiría en su *Antología comentada del cuento antioqueño*, aunque Henao Arenas no alcanzó a publicar libros, en parte debido a su muerte temprana, en 1960, a los 40 años de edad), poeta (en verso y en prosa), cronista, pintor (con estudios en el Instituto de Bellas Artes) y caricaturista. Se había iniciado en el periódico La Defensa como redactor de planta, hacia 1944. Desde su primera entrega, fue muy constante —aunque hacia el final del período estudiado se inclinó hacia la intermitencia— su columna de prosa poética “La ceniza de los días”, lo mismo que la titulada “Noticiero de Sedeco” (muy regular hasta comienzos de 1953, cuando Henao Arenas se desvincula de la Compañía para trabajar en un Radioperiódico). Esa constancia se extendió a cuentos y poemas, a notas sobre obras y figuras universales del arte y la música, y a otros temas culturales, tanto generales como de carácter noticioso, que incluía en ocasiones en su columna intermitente “El rumbo de las horas”, y que en otras

publicaba como artículos sueltos (le rendía tanto su vitalidad que sacó tiempo para una columna ocasional en 1954, a la que tituló “Notas taurinas”). Pero su trabajo iba más allá de la escritura: promovió con éxito la formación de orfeones, grupos de teatro y de música en Sedeco y Rosellón, y de una biblioteca en Sedeco. Si este más que apretado resumen no se considerara suficiente para señalarlo como el punto central de apoyo del director Mario Escobar Velásquez, se pueden constatar en el periódico lapsos en los que cubrió mermas en la presencia literaria del director, como el que va entre la entrega 109 y la 124, durante el cual Escobar Velásquez se dedica a pulir y publicar en abundancia sonetos de su autoría, escritos en San Joaquín y Medellín, mientras desaparece su columna “Nimiedades”. Durante ese lapso tampoco se leen en Lanzadera más cuentos suyos, después de aquel primerizo: “El regalo del camino”, aparecido en la entrega N° 93, del 15 de septiembre de 1950.



Lanzadera. Reproducción fotográfica de original del semanario. Medellín, noviembre 3 de 1950, No. 100 (portada). SA-BPP.

El maestro (del Instituto Obrero de Rosellón) y poeta envigadeño Hernando Garcés Uribe, fue también uno de los puntales más entusiastas y regulares que tuvo Lanzadera en el período que revisamos. Su batalla por aquella publicación la adelantó desde dos columnas principalmente: “Puerta Abierta” y “Aprenda lenguaje”. La primera era en lo temático una miscelánea, ligera, de entretenimiento, con un tratamiento zumbón de sus asuntos, humorístico, un descanso en relación con la densidad frecuente de otros textos en cada entrega. Acostumbraba partir de noticias internacionales, nacionales o locales, para resaltar aspectos débiles, patéticos o hasta ridículos de la condición humana, que, además de hacer sonreír, dejaban una enseñanza, y, de fondo, un pensamiento serio, una reflexión valiosa, o en su defecto, la risa, ya de por sí una gran cosa en medio los agobios que acosan al hombre en su vida diaria. “Aprenda lenguaje” pertenece a una tradición desafortunadamente muy perdida hoy, cuando más se necesita: la de los ángeles de la guarda del idioma, los vigilantes de la corrección en el decir y el escribir con corrección en lengua castellana, y que en décadas recientes tuvo entre nosotros dos personas que cumplieron esa tarea: Lucila González de Chaves con su columna en El Colombiano “Funcionalidad del idioma”, y Argos (Roberto Cadavid Misas) con la columna “Gazapera”, en El Espectador y El Colombiano. Hernando Garcés colaboraba también ocasionalmente con otra clase de textos, como crónicas de viaje,



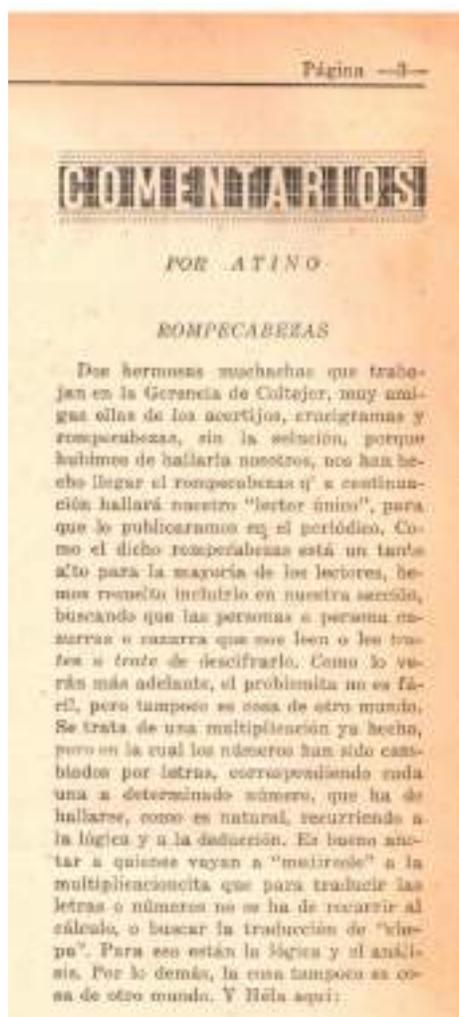
Titular del semanario Lanzadera. Medellín, mayo 22 de 1954, No. 270, pg. 5. SA-BPP

semblanzas de figuras de nuestra Historia Patria, noticias sobre congresos de historiadores, o con un poema, aunque en este terreno fue de una ejemplar parquedad publicadora, pues se percibe que pulía mucho, se resistía a entregar algo de lo que no estuviera seguro, a pesar de que debe darse por descontado que Escobar Velásquez, degustador y cultivador de la poesía, debía insistirle para que se apartara de esa avaricia publicadora. Entregó a edición un solo poemario en su vida, *El amor junto al llanto*, impreso por primera vez en 1948, y reeditado 40 años después, con supresión de algunos poemas de esa primera edición e incorporación de algunos nuevos. En esa escasez de poemas publicados tuvo lo suyo, y bastante, la bohemia.

Arrimaron también el hombro Tulio Salazar Osorio, de participación sobresaliente (en volumen de colaboraciones y calidad de ellas) entre los años 1952 y 1953, principalmente. Sus textos se destacaron por su diversidad temática. Cuentos de raíz romántica, en casos con inclinación a la truculencia (ejemplo: “Primavera”, N° 295); versiones personales, originalísimas, con finales

sorprendentes y conmovedores, de relatos clásicos de la literatura europea, como “Tres parábolas”, que aparecen en la entrega 200; cuentos de factura muy moderna, algunos, henchidos con precisiones de guión cinematográfico: “Encendió un cigarrillo y permaneció un rato inmóvil. A través de los cristales miraba las sombras agigantar su diámetro en el macadam solitario del parque” (“Noche de la aldea”, N° 166); artículos humorísticos, unos, crónicas periodísticas, otros (“Yagé, planta de los sueños reales”, N° 208, o una en la que cuenta la filmación, en Sabaneta, población donde vivía, de una escena de la película Cristales, coyuntura que aprovechó para entrevistar a Camilo Correa, director de la filmación), etc. Todo sus escritos de ficción y sus crónicas se destacaban por sus comienzos firmes, propios del que sabe desde un comienzo para dónde va porque ha concebido previamente el texto de principio a fin, a pesar de lo cual, pero solo aquí y allá, tiene bajones hacia giros engolados, solo sonoridad. A pesar de esas calidades en su escritura, del vigor indudable que poseía para escribir y del volumen de su produc-

ción, hasta donde hemos rastreado, no dejó obra publicada en libro. Se supo que viajó a Bogotá donde se vinculó a una emisora a difundir música colombiana y popular latinoamericana, campo en el que se destacó. Luego se pierde su rastro;



Sección Comentarios del semanario Lanzadera. Medellín, septiembre 13 de 1952, No. 189, pg. 3. SA-BPP

Felipe Loaiza, a quien se le nombra en el N° 200 como del equipo de la revista y se dice que es “universitario”, lo que deja en el limbo su condición probable de empleado de la empresa. Tampoco dejó obra publicada en libros, a pesar de que en lo firmado para Lanzadera se mues-

tra lo suficientemente buen cuentista y buen ensayista como para haber dejado algún volumen por lo menos en los dos géneros. En las páginas del semanario textil dio a conocer ensayos sobre Knut Hamsun, Víctor Hugo y el *Ulises*, de Joyce, hecho notable y que enaltece las páginas de Lanzadera, por lo que significaba esta novela en la literatura contemporánea desde hacía décadas. También dio a las prensas traducciones y cuentos como “La medida exacta” (N° 200), de un refinamiento en su construcción que recuerda la sutileza con la que Henry James le da vida a sus historias, y como en James, el desarrollo es moroso, laberíntico, y sólido en la finura de filigrana con la que se construye el ámbito psicológico de los personajes y el tejido de sus vínculos pasionales. El final sorprende, es impredecible, imposible de anticipar bajo la superficie aparentemente anodina, “inocente”, de los episodios, y su condición forzada no anula la eficacia de la construcción previa.

Diego Mendoza, del que se habla como profesor del colegio San José y periodista, sin que se aclare el medio en el que trabajaba. En la entrega N° 200 no se registra su nombre como uno de los colaboradores de planta del semanario, pero entre las entregas 155 y 212 aparecen muchas colaboraciones suyas en cuento, poesía y crónica, y están incluidas en el segundo volumen encuadernado. “In memoriam”, “Alto voltaje”, “El derecho de viajar” y “Aguardiente, poesía, brujería”, son algunos de sus trabajos acogidos en Lanzadera, y aunque esos textos no filan entre los

más sobresalientes de los aportados por el equipo central de colaboradores permanentes, el volumen de sus colaboraciones, su presencia asidua en el lapso señalado, no se puede ignorar; cierra este recuento sumario el poeta Francisco Restrepo Rojas; a diferencia de Diego Mendoza sí fue al parecer empleado de la empresa y también comparte con este y la mayoría de los colaboradores principales ese signo de no haber dejado libro alguno publicado. En el artículo citado del N° 200, el director lo incluye como parte del equipo central del semanario. Aunque no sobresaliente, su poesía no estaba desprovista de cierto talento y sensibilidad.

Ahora bien, reseñar la producción literaria y periodística de Mario Escobar Velásquez en Lanzadera durante el sexenio 1950-1956, en cuento, poesía, prosa poética, semblanzas, entrevistas, notas sobre libros y autores y otros temas de interés cultural, y los artículos y editoriales de orden pedagógico, informativo empresarial, de conoci-

mientos generales, acontecimientos culturales en Medellín y Envigado, etc., y hacer un balance, ya no crítico sino apenas descriptivo, de esa masa considerable de trabajo, es algo que sobrepasaría el espacio disponible en estas páginas. De entrada, hay que tener en cuenta que ese cuerpo de sus colaboraciones comprende mucho más que lo firmado con nombre propio, pues recurrió a seudónimos como “Atino” para la columna “Comentarios”, “MAEVEL” para notas más ligeras, “Simbad” para textos misceláneos, y “Alaín Calvo” (el 23 de febrero de 1951, en el número 113 aparece por primera vez este seudónimo, firmando no un texto narrativo sino una especie de crítica moral a la práctica, entre obreros de Coltejer, de préstamos con inyereses de usura)

y otros seudónimos más efímeros e intrascentes. Un balance de ese tipo daría para un capítulo de un libro sobre su obra, pues allí se encuentra lo que pudiéramos llamar su prehistoria literaria. A pesar de



Artículo de David Henao Arenas Reproducción fotográfica de original del semanario Lanzadera, órgano informativo de la empresa Colombiana de Tejidos -Coltejer-. Medellín, octubre 9 de 1950, . SA-BPP.



Sección Aquí le contestamos del semanario Lanzadera. Medellín, febrero 28 de 1953, No. 209, pg. 10. SA-BPP

la calidad desigual de esa producción –asunto fácil de entender por su condición entonces de escritor en aprendizaje, por los afanes a que lo obligaban publicar semanalmente un periódico de 12 páginas y entregarlo a tiempo, más sus obligaciones particulares de escribir sus colaboraciones personales y las de sus funciones de director–, donde hay de todo: bueno, muy bueno, aceptable, deficiente, “malote” (palabra que de su puño y letra le puso al margen muchos años después a alguno de esos textos suyos), olvidable y lamentable, se podría pensar en editar un poemario con sus mejores sonetos, un libro de prosa poética y otro de relatos, donde se agrupara lo rescatable de esa etapa de su producción, lo que constituiría un rescate valioso –superar esa dispersión que, aunque recogida en esos volúmenes encuadernados, no deja por eso de ser dispersión–, una contribución importante a la constitución de su obra completa, y sus mejores sonetos, un libro de prosa poética y otro de relatos, donde se agrupara lo rescatable de esa etapa de su producción, lo que constituiría un rescate valioso –superar esa disper-

sión que, aunque recogida en esos volúmenes encuadernados, no deja por eso de ser dispersión–, una contribución importante acontecimiento que agradecerían los interesados en su obra y mucho más los estudiosos de ella.

Este recuento apretado de la personalidad literaria de los componentes del grupo central (a lo que hay agregar que otros de ellos, fuera del director, recurrieron también al uso de seudónimos, como Tulio Salazar Osorio, que firmaba algunas de sus colaboraciones como “Napoleón ½” o “Tuco”, y Francisco Restrepo Rojas, que firmaba como “Avizor” algunas cosas) sugiere algo que se impone como consecuencia obvia: inclinaron la balanza del carácter de la publicación hacia la literatura, no podía ser de otra manera. Y a la producción personal de cada uno de ellos hay que sumar, y no es cualquier clase de sumando, la tremenda cantidad de poemas y textos narrativos de autores de todas las latitudes reproducidos en las páginas de Lanzadera. Se cuentan por centenares. No es práctico hacer una lista, se necesitarían páginas. El compás era muy amplio y equilibrado entre

lo nacional y lo extranjero, entre lo originado en lengua castellana y lo traducido de otras lenguas, entre lo clásico y lo moderno. A los poetas mencionados atrás se pueden agregar, y la lista es cortísima, los nombres de Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Porfirio Barba Jacob, Baudelaire, Ciro Mendía, César Vallejo, Germán Pardo García, Guillermo Payán Archer, Leopoldo De La Rosa, Víctor M. Londoño, Gerardo Diego, Dora Castellanos, Rafael Maya, Alfonsina Storni, Ezequiel Martínez Estrada, José Santos Chocano, Jorge Robledo Ortiz, Carlos Pellicer, Luis Carlos González, Baudilio Montoya, Juan Lozano y Lozano, etc., etc. Y en narradores la lista no es menos extensa: Adel López Gómez (el autor del que tal vez reprodujo más cuentos), Jesús Zárate Moreno, Borges, José Restrepo Jaramillo, Octavio Amórtegui, Efe Gómez, Kipling, O. Henry, Maupassant, Wilde, Rafael Arango Villegas, Graham Green, Euclides Jaramillo Arango, Alfonso Castro, Gaspar Chaverra, Hemingway, Erskine Caldwell, Ricardo Guiraldes, Constancio C. Vigil, Humberto Jaramillo Ángel, Sofía Ospina de Navarro, etc., etc.

A esta presencia poderosa de la literatura, original para Lanzadera y reproducida, se deben agregar otras facetas o expresiones del mismo arroyo poderoso. Durante el primer semestre de 1954, por ejemplo, hay un bajón grande, por no decir casi total, en la producción literaria del grupo de colaboradores principales. Solo Felipe Loaiza publica dos cuentos. Ni una “Nimiedad”, ni un

cuento del director. Excepto uno o dos, también dejan de aparecer sus sonetos. Publica una entrevista que le hace a Fernando González (otra de sus admiraciones de toda la vida, al lado de las que le profesó a Rafael Maya, Adel López Gómez, José Restrepo Jaramillo, Alberto Ángel Montoya y José Umaña Bernal). El rabelesiano apetito literario que lo movía como lector y escritor, se ve constreñido en ese lapso a los párrafos de su columna “Comentarios”, que firmaba, ya lo señalamos, como “Atino”. El carácter variopinto de esta columna le permitía introducir apuntes literarios con más frecuencia precisamente porque la temática general no era exclusivamente literaria. Tocaba otros registros en ella: notas sobre libros y autores, crónica literaria (como una que escribe con el tema de la pipa), comentarios acerca canciones del cancionero popular colombiano y latinoamericano, apuntes acerca de películas, prosa poética (como una que escribe con el tema del “verano”), temas generales (como el significado de la palabra “actualidad”) o científicos (como una nota sobre entomología), y aun sociales (el subsidio familiar, recién instaurado en Coltejer), etc. En ese lapso de vacío literario de los colaboradores permanentes, metió mucho el hombro el poeta y maestro Hernando Garcés Uribe, cuya columna “Puerta Abierta” conoció entonces una de sus etapas de mayor regularidad, y se dobló, con comentarios sobre películas, como el que escribió sobre “Fantasía”.

Pero el asunto del aluvión literario no se quedaba ahí. A comienzos

de 1954, y debido a causas aún por esclarecer, el semanario se alimenta en mucho de refritos. Traducciones de artículos tomados de revistas extranjeras sobre asuntos variados, como el que apareció sobre “La linfa en el cuerpo humano”, como otro titulado: “¡El mundo es tuyo, juventud!”, condensación del libro Liconl Steeffens Speaking, e incluso artículos extractados de revistas locales como la revista de la Universidad de Antioquia y la revista Letras universitarias, editada en Medellín. Pero también se reproducen textos literarios muy extensos de autores colombianos sobre autores diversos, colombianos y no. Humberto Jaramillo Ángel escribe extensamente sobre César Vallejo en el N° 276, correspondiente al 3 de julio de 1954; en la entrega 278 aparece un artículo de Eduardo Castillo sobre la poesía de León de Greiff; Baldomero Sanín Cano escribe sobre Jacinto Benavente en el número siguiente, al lado de un artículo extenso titulado “Joyce, Kafka, Faulkner”, firmado Por H. Aguilar Zuluaga; y para no caer en una enumeración que se podría extender más de lo debido, digamos que en esa época se publican también artículos sobre Herman Hesse, Jaime Balmes y otro sobre Guillermo Valencia, tomado de la revista de la U de A, pero sin citar autor individual.

A estas alturas, un lector cualquiera de esta nota podría inferir perfectamente que el director y sus colaboradores principales convirtieron Lanzadera en un medio exclusivamente literario, olvidándose de su condición de semanario de una

gran empresa textilera –para esos años, Coltejer contaba entre 6.000 y 7.000 obreros y empleados–, cuyo destinatario primero era obviamente el personal de la empresa. Y en gran medida fue cierto, pero no completamente. Una amplia temática relativa exclusivamente a la actividad múltiple de la empresa, tuvo presencia siempre en sus páginas, aunque con cambios y altibajos. Al comienzo de la etapa de Mario Escobar Velásquez como director, y con toda seguridad herencia de la dirección ejercida por su antecesor, Bernardo Jaramillo Correa, cada fábrica de la Compañía tenía su “Noticiero”. Eran fijadas semana a semana las secciones “Noticiero de Rosellón”, “Noticiero de Colterayón”, “Noticiero de Sedeco” y “Noticiero de Coltejer”. El más duradero fue el de Sedeco. El de Rosellón se mantuvo intermitentemente, los otros fueron más irregulares y terminaron por desaparecer, debido también a que lo que tenía que ver con la empresa se cobijaba en artículos sobre aspectos del conjunto de la Compañía.

Pero había mucho más sobre temas empresariales en las páginas de Lanzadera. Fue muy constante, especialmente en la página editorial, el tratamiento de la problemática de la salud de los trabajadores, sobre todo en relación con la atención brindada por el Seguro Social. También recibió igual atención la prevención de accidentes de trabajo, asunto que se acompañaba con ilustraciones casi en cada número. El semanario respaldó siempre de manera muy generosa y activa la destacada labor educativa de la empresa



con obreros, empleados, y sus familias, a través de la red de escuelas e institutos obreros, red de la que hizo una realidad eficaz. Divulgó y estimuló la existencia y funcionamiento de las diferentes cooperativas que constituyó Coltejer para beneficio de sus trabajadores, tanto de consumo como de ahorro y préstamo, incluyendo becas y útiles escolares, y cuya cobertura y facilidades era más que generosa (Ovidio Rincón, conocido escritor y periodista colombiano de la época, se vinculó a las páginas de Lanzadera, no para empuñar la paleta literaria, a la que sobran manos, sino para escribir sobre cooperativismo, gesto que destaca su inteligencia, sentido práctico y modestia). Tanto en la página editorial como en artículos diversos, los colaboradores adelantaron verdaderas campañas para promover entre los obreros una vida personal y familiar sana en todos los aspectos, económicamente organizada, bajo ideales de progreso no solo material sino también intelectual —en este sentido el semanario fue infatigable: el obrero debía aspirar a un amplio horizonte cultural a través del estudio ofrecido por las escuelas e institutos de la empresa, pero también del esfuerzo individual por medio de la lectura y el estudios personales—. Fuera de los artículos que acabamos de mencionar, esa preocupación por elevar el nivel cultural de los obreros se expresaba, por ejemplo, en la columna “Aquí le contestamos”, una de las más constantes y de la que se encargó siempre el director. En esa sección respondía preguntas de corresponsales (la mayoría de ellos

con absoluta seguridad inventados por él mismo) sobre un espectro amplísimo de inquietudes: historia universal y colombiana, matemáticas, química, física, botánica, zoología, filosofía, inquietudes tecnológicas, supersticiones, palabras curiosas o poco usuales, las palomas mensajeras, el termómetro, etc., etc. Mario Escobar Velásquez proyectaba su apetito rabelesiano de conocimiento en los demás. Pero esa preocupación por elevar el horizonte mental de los obreros fue más allá de la frontera de la escritura. David Henao Arenas promovió, y lo consiguió, la formación de grupo de teatro, grupo musical, orfeón y biblioteca en el barrio Sedeco, barrio obrero levantado por la Compañía. En Rosellón se consiguió lo mismo. Todo eso suma una labor sobresaliente, excepcional, de realizaciones culturales. Estas temáticas empresariales tuvieron en Lanzadera facetas incluso técnicas, como la columna que un empleado, de nombre Alberto Parra Galvis (moriría trágicamente en un accidente de aviación, asumida por él como deporte) jefe durante años de lubricación de Coltejer, sostuvo con mucha regularidad sobre el tema, y que tituló “Datos técnicos de lubricación”.

Sin embargo, ojeando y hojeando el semanario, y poniéndose una mano en el corazón, hay que reconocer la preponderancia literaria de la publicación, sobre todo entre los años 1950 a 1953 inclusive. Ya para los dos años siguientes, sobre todo de mediados de 1954 en adelante, Lanzadera registra cambios, sin duda relacionados con el retiro



de Sedeco de David Henao Arenas para vincularse a una emisora, y con el nombramiento de Hernando Garcés Uribe para la personería de Envigado, lo que lo obliga a retirarse de la dirección general de la escuela Fernando González y del Instituto Obrero de Rosellón. Obviamente las colaboraciones de los dos —puntales del semanario hasta ese momento— se redujeron. Hernando Garcés Uribe, tan activo con su “Puerta Abierta” en la primera mitad de ese 1954, seguramente para suplir la desaparición de Henao Arenas de las páginas del semanario, no total pero sí muy notoria, mantuvo su presencia de dos formas, a las que separaron unas semanas: primero, con apariciones esporádicas, constituidas sobre todo por semblanzas de figuras de nuestra Historia Patria o de personajes del mundo de las letras y la cultura, como una que escribió sobre Santiago Vélez Escobar, el famoso Caratejo Vélez, y luego con una columna titulada “Revoltijos”, que, aunque aparecida sin firma, le atribuimos porque es la misma “Puerta Abierta” (posiblemente su condición de empleado público en ese momento le vetaba firmar con nombre propio esas colaboraciones), y que mantuvo cierta constancia en el segundo semestre de 1955. Y Henao Arenas centra sus colaboraciones intermitentes en figuras de la música clásica, el arte, y mucho más eventualmente en sus conocidos textos de prosa poética y algún cuento (publica incluso un artículo curioso por lo excéntrico en su producción: un balance de la industria textil colombiana en ese momento). También desaparecen casi

por completo en este período Tulio Salazar Osorio (aunque éste repunta transitoriamente en el segundo semestre de 1954 con una columna a la que tituló “Página Quinta”, variopinta en sus temas), Felipe Loaiza y Francisco Restrepo Rojas. Arrima el hombre con cierta frecuencia un colaborador nuevo, muy activo y culto: Felipe Antonio Molina, con cuentos, prosas poéticas y notas sobre libros y escritores, como un ensayo sobre Guillermo Valencia y un artículo sobre Nietzsche.



*Salón cultural Coltejer. Aviso promocional del semanario Lanzadera que invita a los empleados a hacer uso de la cultura como una opción más entre los privilegios de los trabajadores. Medellín, septiembre 13 de 1952, No. 189, pg. 51. SA-BPP.*

Esa situación, desde luego, le tuvo que crear una situación muy difícil al director, quien garantizó la presencia de la literatura recurriendo a: la reproducción habitual de poemas de los poetas ya mencionados, y de nuevo a sus propios sonetos, aunque con más moderación que en los tres años anteriores. También echó mano de ensayos no escritos originalmente para Lanzadera —y en realidad muy extensos para las escasas 12 páginas de que disponía y para el espacio que estaba obligado a dedicar a temas específicos de la Compañía— de Eduardo Carranza y Rafael Maya,

principalmente, y de algún ensayo ocasional de Fernando Arbeláez, sobre poetas y personajes colombianos como Hernando Domínguez Camargo, Luis Carlos López, Guillermo Valencia, Madre Josefa del Castillo, Juan de Castellanos, Juan Rodríguez Freyle, Luis Vargas Tejada, Eduardo Caballero Calderón, Álvaro de Velasco y Zorilla, Manuel del Socorro Rodríguez, Francisco José de Caldas, Camilo Torres, José Eusebio Caro (abusivamente extenso el artículo de Rafael Maya sobre este escritor y personaje político), etc., y de y sobre autores de otros países como Dámaso Alonso, Pablo Neruda, Valle Inclán, Manuel Altolaguirre, Fray Alonso de Zamora, etc. Continúa recurriendo en este período de crisis de colaboradores (por lo que lo hace con más asiduidad), a la reproducción de cuentos de los escritores colombianos Adel López Gómez y José Restrepo Jaramillo, que le fueron siempre muy queridos, pero también de Francisco de Paula Rendón, Rafael Arango Villegas, Manuel Zapata Olivella y Oswaldo Díaz Díaz, entre otros, con 4 o 5 narraciones de cada uno, a lo que agregó un cuento de Manuel Mejía Vallejo, “Sequía”, otro de Pedro Gómez Valderrama (una ratificación más de lo alertas que se mantenían las antenas del director y su equipo de colaboradores), un relato ingenuote y malote —pero interesante pieza de arqueología literaria, de gran valor por pertenecer a la pluma inicial de Gonzalo Arango, toda una curiosidad de sus primeros tiempos, seguramente excluida de su bibliografía por él mismo cuando maduró—, y una o dos narraciones

de otros escritores colombianos, entre ellos Eduardo Santa y Bernardo Arias Trujillo. Como cultor de la prosa poética (desaparecida por completo “Nimiedades” en este período, esa vena suya reaparece aquí y allá en los “Comentarios” de “Atino”, aunque muy ocasionalmente), reprodujo textos (una verdadera novedad porque eran nombres muy nuevos en la literatura colombiana de entonces, muestra de que se mantenía al día) de Héctor Rojas Herazo, Jaime Paredes Pardo y Jorge Gaitán Durán, pertenecientes a ese tipo de escritura. No vaciló en echar mano de cuentos de Borges, Graham Green, Knut Hamsun, y de otros escritores, algunos de ellos hoy completamente olvidados, encontrados en quién sabe qué revistas (probablemente *Life* o *Selecciones de Rider’s Digest*, revistas de las que gustó mucho estando muchacho, como lo confiesa en alguna parte) o antologías. Pero ese saqueo desesperado para mantener vivo el semanario no se detuvo en la literatura. También ayudaron a palear esa crisis refritos extensos, como uno de Bertrand Russell sobre “La ciencia” (con el mérito adicional indudable de ser una traducción de Felipe Loaiza), textos sobre Einstein, los motores Diesel, la circulación de la sangre, la miel de abejas, las revistas de historietas, la respiración artificial, “Héroes del reino animal”, “Verdi, maestro de la melodía”, “El frijol de vida, una leguminosa insuperable”, Mozart, Walt Disney, cine colombiano (Procinal), “Ojo con los purgantes”, los monjes trapenses, el Gran Cañón del Colorado, Julio Verne, las hormonas, Lewis Carroll, “¿Cómo

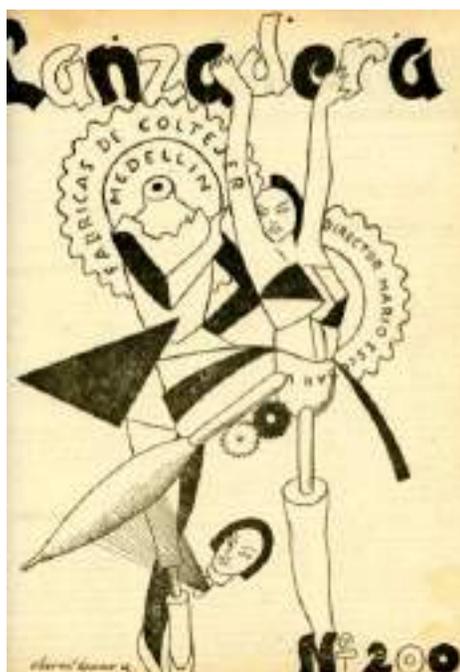


se orientan los animales?”, etc., etc., etc. En palabras de la tradición: “De todo como en botica”. Se trataba de mantener vivo el fuego de Lanzadera entrando a saco roto en cuanto refrito interesante estuviera a mano. “Interesante”: cuyo contenido científico, utilidad práctica, sentido moral, valor literario o cultural, en general, o de satisfacción de la curiosidad del hombre sobre el mundo de las cosas, los animales y él mismo, elevara el nivel de conocimientos y la cultura de sus lectores.

A donde apuntamos con este recuento es a señalar que si bien la merma entre 1954 y 1955 en el volumen de colaboraciones originales para el semanario por parte del equipo central de sus redactores, fue inocultable, eso no quiso decir ni mucho menos que las temáticas empresariales ganaran espacio notable respecto del campo literario y cultural, en general. No, el desequilibrio se mantuvo. “Desequilibrio” con refritos de calidad e interés, pero refritos que engrosaban al fin el espacio dedicado a la literatura, el pensamiento universal y la cultura, en general. “Desequilibrio” para ser el semanario de una Compañía industrial, no el periódico de un grupo literario que apoyaba de forma constante e intensa a una empresa muy importante en el país.

Es decir, siempre existió esa ambigüedad, pero don Carlos J. Echavarría, presidente de Coltejer la toleró porque de todas maneras la publicación cumplía un papel empresarial cierto, beneficioso, divulgador, solidario semana a semana con la Compañía como totalidad: con su tarea productiva, pero también con las cooperativas, las escuelas e institutos obreros de enseñanza constituidos y liderados por sus directivas; con los planes de vivienda de Coltejer; con la obligación legal de velar por la salud de los trabajadores,

asunto de que Lanzadera se ocupaba en editoriales demandando del Seguro Social una atención adecuada, en artículos sobre usos higiénicos y alimenticios para conservar una buena salud, y en otros que se dedicaban a la prevención de accidentes; con la actividad cultural, los deportes, la vida social y el resto de campañas y actividades, originadas, en unos casos, en la iniciativa de la Compañía, en otros, en la de los redactores del semanario, y que recibían el respaldo de las directivas de la Compañía.



Semanario Lanzadera. Medellín, noviembre 29 de 1952, No. 200 (portada). SA-BPP.

Por eso don Carlos J. “hizo de la vista gorda”, dejó pasar puntos altos en ese protagonismo que llegó a tener la literatura en las páginas de Lanzadera mientras lo dirigió Mario Escobar Velásquez. Con un ejemplo significativo es suficiente para medir a una distancia de casi setenta años el calado y la fogosidad que llegó a alcanzar esa presencia de la literatura en aquellas páginas. El 31 de agosto de 1951, en la entrega N° 139, y firmado bajo el seudónimo de “Alaín Calvo” aparece un cuento titulado “El canto de los muertos”.

Era su segundo cuento publicado en Lanzadera. El primero, “El regalo del camino”, había aparecido casi un año antes, en el número 93. Este segundo cuento –entre uno y otro cuento había publicado mucho soneto y una buena cantidad de prosa poética en “Nimiedades”– difería por completo del primero. Es un relato abstruso; en una prosa oscurantista la voz narradora se entrega a una especulación seudofilosófica sobre el tiempo, ocurrida en un plano mental, sin el mínimo respiro a movimiento exterior alguno. Fue un atrevimiento excesivo proponer al público aquella narración inextricable, de corte intelectualista. Ese acto de pedantería derivado de quién sabe qué percepción ingenua de algún cuento o noción teórica vanguardista, lo condujo a ese experimento malogrado. Y recibió como premio merecido un rechazo que de pronto no se hizo explícito, ni por escrito ni verbalmente, pero que mínimo se expresó en rumores que le llegaron de alguna manera, o, con más crueldad, en la forma de chistes, o, caritativamente, como “dudas” de alguno o algunos de sus colaboradores cercanos. Ese descontento lector sacó la cabeza tres números después, en el 142, y como uno de los apartes de su columna “Comentarios”, en un texto titulado “El cuento moderno”, en que defiende los rasgos del “cuento moderno” de los reproches de un supuesto lector que habría enviado un comentario negativo a un cuento recientemente publicado en Lanzadera, de supuesto autor chileno (revisando los números anteriores, el único “chileno”, o al que podría atribuírsele tal nacionalidad, es al desconocido “Alaín Calvo”, los restantes son escritores conocidos). Es decir, el único cuento “moderno” que campea en esas cercanías es “El canto de los muertos”. Terco como era –y en mucho esto fue una cualidad en él–, con una seguridad en sí mismo que sin duda fue excesiva, se negó a una posición autocrítica, ni

siquiera se dio tiempo para ver si se había equivocado con ese cuento.

Estos son los argumentos de esa defensa: “... ya no se trata de describir a las personas por sus rasgos sino por sus reacciones y busca mucho más el paisaje interior, mucho más rico en matices y variaciones que el que la madre naturaleza ofrece con prodigalidad. Tampoco podemos decir que el cuento moderno ha proscrito el argumento, sino que únicamente lo ha variado de escenario. Ahora no se sigue a la emoción por caminos de mar, tierra y aire, sino que se la persigue a través de los sentidos anímicos y por entre la intrincada selva de las reacciones psicológicas (...) Tampoco abunda el cuento moderno en descripciones. En ellas es magníficamente parco y bastan dos o tres plumadas magistrales para concreta el hecho o el personaje. Veda también los perfiles demasiado evidentes y deja los contornos en la misma nubosidad en que in mente se aglutinan o se solapan las pasiones (...) Por lo mismo requiere un lector atento, porque el cuento de ahora, para entenderlo (...) no permite el adormecimiento que los demás toleran tácitamente. Y el lector de ahora no gusta esforzarse (...) Tal vez busca los caminos trillados y las cosas fáciles (...) Sin embargo, con regularidad ofrecemos cuentos de los comunes (sn) (estos priman en nuestras ediciones globales). Pero como en la variación está el placer y renovarse es vivir, también damos cabida en nuestras páginas al cuento moderno, con especialidad a aquellos de los escritores noveles que hacen sus primeras armas, y que son escritos con especialidad para este órgano obrero” (!!).

¡Magistral la faena de toreo! Se cubre por todo lado. No deja hendidura por donde le pueda entrar un solo alfiler crítico. Para todos tiene respuesta. ¿Tanto trabajo para defender el cuento “moderno” de un “novel” escritor “chileno”? ¿Era tanta la cobertura del

semanario que hasta era posible publicarles cuentos “modernos” a escritores noveles de países lejanos de habla hispana? No, es claro que se cubría, respiraba por la herida. En su escala, y a tantos años, escucho el temporal de críticas –más que justificadas por ese enredijo de cuento, ingenuamente pedante– tamborileando reciamente sobre su humanidad de escritor fogoso, talentoso, pero principiante, desde los pasillos y aposentos del rumor, ubicuos, huidizos, presencia que no da la cara, pero no por eso menos eficaz en su labor de desprestigio. Que el asunto continuó lo demuestra el editorial del 5 de octubre de 1951, entrega N° 144, titulado ¡“Del escritor y el estilo”!, donde vuelve a ocuparse del asunto, no ya en el tono polémico, regañón, incluso, del artículo anterior, sino con pretensiones académicas de definición “objetiva”, “neutral”, sin conseguirlo, por evidente carencia de formación teórica, lo que lo obliga a recurrir a la analogía: “Porque, lo mismo que la tela, el estilo no es otra cosa que el algodón del idioma tejido por la experiencia, diseñado por el estudio, teñido por las influencias y rubricado por la capacidad del autor”.

Pero no vamos a ocuparnos aquí de discutir qué tanto de razón tenía en su alegato, diferenciando, por supuesto, entre los conceptos teóricos, cuando en el número 142 define los rasgos del “cuento moderno” –y donde no deja de acertar aquí y allá– y qué tanto aplican aquellos conceptos teóricos en “El canto de los muertos”, sino del hecho mismo de editorializar con ese tema en el semanario de la empresa textil más importante en Colombia en ese momento,

una Compañía que se acercaba a los 7.000 obreros.

Un atrevimiento escandaloso, una desfachatez. Cualquiera esperaría, de encontrarse por primera vez con aquel semanario, que la página editorial trataría algún asunto económico específico de Coltejer como empresa textil, de la industria textil en Colombia, de la importación de maquinaria para esa industria, del mercadeo de sus productos, de la política social de la Compañía, etc. Ver aquello le hubiera causado asombro, primero, y luego, muy probablemente, le pintara una sonrisa de escepticismo irónico, acompañada de un escéptico enarcarse de cejas, gestos que pudieron adornar más de una faz de empresarios antioqueños a los que con seguridad les llegaba Lanzadera y se encontraban luego con don Carlos J. en juntas empresariales o en un club para el whisky de atardecida. Pero ese don Carlos era un buenazo, y un buenazo inteligente. Veía, como ya lo anotamos, que el semanario, a pesar del espacio copado por los asuntos literarios, sin duda excesivo, como lo hemos demostrado, divulgaba los de la empresa de manera suficiente, aunque no lo deseable para algunos directivos, incluyéndolo a él probablemente. No dejaría de pensar que, además, de desearlo, no iba a encontrar fácil con quienes reemplazar aquella constelación de redactores tan dotados y eficaces para sostener un semanario. De pronto su idea fue, qué dado que las cosas marchaban en lo fundamental en una dirección apropiada para la empresa, lo mejor era darle tiempo al tiempo a ver qué pasaba.

JAIRO MORALES HENAO: Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Director del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto desde hace 23 años, del Taller Avanzado en la misma institución y editor del *Boletín cultural y bibliográfico Escritos desde la Sala*, publicación de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto.

Entre sus últimos libros publicados se encuentran: *Oficio lector* (Ediciones UNAULA, 2014), *José Restrepo Jaramillo y la renovación de la narrativa colombiana en el siglo XX* (Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016) y en coautoría con Luz Posada de Greiff *Panorama de la caricatura en Antioquia en el siglo XX* (Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto, 2015).